

Xavier Sala i Martín

Crisis (17): el liderazgo alemán

Lo confieso: cuando en los años noventa se discutía la conveniencia de adoptar el euro yo era de los que pensaban que era una mala idea por varias razones, entre las que destaco dos. La primera es que estaba convencido de que llegaría el día en que algunos de los países de la zona euro estarían inmersos en una gran crisis económica al tiempo que los otros estarían bien. Esa asimetría sería un problema porque la política monetaria debía ser la misma para todos, a pesar de que lo que conviene a los que están en crisis es distinto de lo que necesitan los que no. Eso generaría tensiones inaguantables.

La segunda era que la histórica voracidad fiscal de países periféricos como España, Portugal, Grecia o Italia resultaba incómoda para los estados fiscalmente disciplinados como Alemania u Holanda hasta el punto de que estos tendrían que acabar pagando la polifanía de los primeros para no hundir la moneda común. Es más, pensaba que el mero hecho de saber que acabarían siendo rescatados incentivaba a los indisciplinados a excederse fiscalmente cuando llegara la primera gran crisis.

Y la primera gran crisis llegó y también llegó la temida situación: la periferia está en recesión mientras que el centro ya ha salido de ella. Es más, como estaba previsto, para intentar salir del agujero algunos países generaron unos déficits fiscales tan extravagantes y pidieron prestadas tan ingentes cantidades de dinero que les será difícil devolver el crédito. De momento, nadie sabe de dónde sacará el dinero Grecia para afrontar los pagos de las próximas semanas...

aunque todo el mundo mira hacia la economía más solvente de Europa, Alemania, para que pague la factura. Y Alemania no sonríe.

Resumiendo, los temores que me llevaron a concluir hace diez años que el euro era una mala idea se han hecho realidad. Pero no me voy a poner ninguna medalla porque... ¡he cambiado de opinión!: en mi análisis de entonces infravaloré algo que hoy me lleva a pensar que la moneda única puede haber sido y puede seguir siendo buena para sus países miembros. Me

X. SALA I MARTÍN, *Columbia University*
y *Fundació Umbele*

explico. El proceso de europeización de España permitió hacer necesarias e importantes reformas bajo la excusa de que "Europa lo requería". Por ejemplo, los criterios de Maastricht para entrar en el euro requerían que el déficit fiscal fuera inferior al 3% del PIB. La reducción del déficit impuso una disciplina fiscal que, a la postre, fue muy beneficiosa para el país. Cuando los diferentes grupos de presión se dirigían al Gobierno pidiendo subsidios y ayudas, este se podía negar con la excusa perfecta: "yo te daría el dinero... pero es que Europa no me lo permite". Ba-



MESEGUER

jo ese pretexto se eliminó el déficit fiscal, se redujo la deuda pública, se rebajó la inflación hasta niveles civilizados y se abarataron los tipos de interés. Nada de eso hubiera sucedido sin el euro.

Pues bien, España se encuentra en una nueva encrucijada y el euro puede ser otra vez la solución. La crisis actual ha puesto de manifiesto que la productividad de muchos trabajadores españoles es preocupantemente baja, hasta el punto de que no compensa el salario que cobran. Cuando los salarios son más altos que la productividad, las empresas despiden trabajadores y el paro se dispara. Hay que volver a equiparar salarios y productivi-

dad. Para ello sólo hay dos posibilidades: reducir los salarios y aumentar la productividad. No hay más. Algunos analistas (entre los que destacan importantes y barbudos economistas de izquierda con premio Nobel incluido) abogan por las reducciones salariales. En mi modesta opinión de economista sin premio Nobel, creo que se equivocan: hay que apostar por la productividad. Ahora bien, que quede claro que eso no va a ser fácil ya que requiere unas reformas que van a chocar frontalmente con los intereses de importantes grupos de presión: habrá que reformar el sistema educativo y eso molestará a los profesores, habrá que reformar el mercado laboral y eso contará con la oposición de los sindicatos, habrá que reducir el exceso de regulación y eso fastidiará a ecologistas, habrá que reformar el sistema financiero y eso incomodará a cajas y bancos, habrá que reformar la función pública y eso enfurecerá a funcionarios o habrá que reformar el Estado de bienestar (incluido el sistema de pensiones y asistencia sanitaria) y eso alienará a los votantes progresistas.

¡Sí! Todas estas reformas van a levantar ampollas políticas. Pero es imperativo que se lleven a cabo porque la alternativa es o la reducción masiva de salarios o unos niveles de paro inaceptablemente altos durante décadas. La pregunta es: ¿se pueden implementar tan impopulares medidas cuando los líderes políticos tienen miedo de enfrentarse a los grupos de presión? No lo sé, pero se podría intentar la solución de los años noventa: ¡darle las culpas a Europa! Para ello sería importante que los países de la verdadera Champions League europea (y en particular Alemania) pidieran que las ayudas que van a tener que dar a los otrora fanfarrones de la periferia para salvar el euro, tengan como contrapartida la implementación de reformas de fomento de la competitividad. Los gobiernos de Grecia, España, Portugal e Italia, por su parte, deberían aprovechar esas imposiciones europeas para sacarse de encima la presión de los lobbies interesados.

Es muy fácil ser líder cuando el viento sopla a favor. Ahora bien, cuando la cosa está cuesta arriba los fachendas se paralizan y entonces sólo queda lo único que ha funcionado bien en Europa en los últimos cincuenta años: el liderazgo alemán.●

Pilar Rahola



Políticos de parvulario

Dos verbos incluía la noticia de *La Vanguardia* en su titular: rectificar y perdonar. El que rectificaba era Ernest Maragall y el que perdonaba era el president Montilla, y así ambos cumplían con el ritual del parvulario, uno como niño travieso, y el otro de maestro pensil perdonando su fechoría. De esta forma tan nítida, la ciudadanía podía observar cómo un hombre de 67 años, de dilatada carrera política, miembro de una familia notable y uno de los consellers más sólidos de este insípido Govern, pedía perdón por decir lo que piensa.

Y no lo ponían de rodillas, con orejas de burro, porque los socialistas son progres. Para acabar de rematar la pública humillación, el capitán de capitanes, todopoderoso José Zaragoza, iba raudo a Can Cuní y añadía: "El conseller Maragall ha cometido un error" y "hay que rectificar si te has equivocado". Rectificar ¿el qué?, ¿lo cuál?, que diría el chiste. Todo el mundanal ruido sabe que Ernest Maragall piensa eso y es eso, y para añadir más leña, una mayoría amplia de sus propios colegas, incluyendo los

Y no ponen a Ernest Maragall de rodillas, con orejas de burro, porque los socialistas son progres

sectores más alejados, coinciden en facturar al tripartito, so pena de caer en un agujero negro. Sin embargo, en la dinámica de partidos en la que estamos instalados, la transparencia del siglo XXI casa mal con unos partidos del XX cuya mentalidad, probablemente, está arraigada en el XIX. Fíjense en la contradicción. Los partidos políticos son una estructura básica de la democracia española, como tiene que ser. Y, sin embargo, son los artefactos más antidemocráticos de todo el espectro colectivo, lo cual no tendría que ser. Ridiculizar a un líder porque ha dicho lo que pensaba, y obligarlo a pedir perdón, es tanto como tratar de párvulos a los representantes públicos y de escenario de cartón a los ciudadanos. Este estilo de hacer política es viejo, caduco, inaceptable en los tiempos de la democracia ciudadana. Y si el líder de un partido lo hace, entonces no estamos ante un líder político, estamos ante un comisario político.

La cuestión es si esta forma de actuar aún sirve. Sin duda, cada vez menos. Pero parece que los partidos políticos no se enteran, quizás porque la mayoría de sus líderes llevan tantos años en la política que acumulan telarañas. Alejados de la realidad, además, la mayoría de ellos ni tan solo sabe lo que es el mercado laboral, porque nunca han trabajado. Es decir, no saben lo que es una cuenta de explotación ni una nómina. De ahí cuelgan algunos de los males. Porque no nos engañemos. En el mercado laboral, el buen profesional triunfa. Pero en el mercado político, las virtudes son otras, y tienen más que ver con el medrar, el callar, el cortar cabezas y el pelotear, que con la profesionalidad. Ergo, no resulta extraño que un tipo con ideas propias sea un valor en una empresa y un peligro en un partido. El mundo al revés, y así nos va.●

DEBATE. La crisis económica / Marcel Planellas

Consejos divinos como alivio

En una tradición judeocristiana no resulta extraño que seres al borde de la desesperación dirijan cartas a Dios: "Ayúdame, Señor, en este mal trago"; pero hay un caso reciente en el que las cartas y ruegos tienen respuesta directa de Dios... Es el libro de los profesores de economía internacional Luis de Sebastián y Josep Maria Sayeras, *Dios, tienes un e-mail* (Ed. Ariel).

En él, afloran situaciones y problemáticas inmersas en la actualidad y relacionadas con la crisis económica, advirtiéndonos que, como es bien sabido, "si hablas con Dios eres religioso, pero si Dios habla contigo estás loco". Los mensajes *humanos*, escritos con ironía y sarcasmo, provie-

nen de parados, inmigrantes, economistas, especuladores, futbolistas, políticos, amas de casa... y hasta de ministras de Economía. Las respuestas *divinas* -del Dios de Luis y Josep Maria- rezuman las emociones de un Dios paciente y misericordioso, bonachón y generoso que busca dar sosiego y soluciones. Un Dios que sabe bastante de economía y que ironiza sobre la capacidad de los economistas para predecir el futuro.

En el prólogo, los autores advierten que, posiblemente, la lectura nos haga sonreír y que este era el principal propósito de la obra. Otro es hacer reflexionar y poner en entredicho determinadas convenciones e ideas sobre la economía y la sociedad actual. La unión de estos dos objetivos convierte la obra en un producto extremadamente peligroso. Es un texto que

trata con humor temas dramáticos de nuestra realidad cotidiana y requiere del lector que use el buen sentido de la razón.

El último e-mail es muy especial, está escrito por Josep M. Sayeras, que lo dirige a Luis de Sebastián, que murió de modo repentino antes de acabar el libro. Es una carta escrita con tinta del corazón, no exenta de cierta ironía. Sugiere que era tal la urgencia de Dios por leer los mensajes que "no ha tenido más opción que reunirse contigo -Luis- para tener la primicia".

Este libro póstumo de Luis de Sebastián es un último regalo intelectual surgido de la complicidad con Sayeras, para ayudarnos a comprender mejor la economía y el mundo en que vivimos. Una despedida, amable y divina, de un gran economista comprometido con la consecución de un mundo más justo y solidario.●

M. PLANELLAS, *profesor y secretario general de Esade (URL). www.marcelplanellas.com*